

RECENSIONES

ANGEL VIÑAS: *Armas y economía: Ensayo sobre dimensiones económicas del gasto militar*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1984, 216 pp.

En España son legión los intelectuales antimilitaristas, aunque les sería difícil ponerse de acuerdo en lo que realmente es militarismo. También ocurre que son igualmente legión los que les encanta, y cada día más, jugar a soldaditos, por escrito, claro está. A diferencia de tantos países occidentales, a comenzar por los anglosajones, los civiles no suelen meterse en el ruedo militar a no ser para incondicionalmente aplaudir o despotricar. Naturalmente, hay excepciones.

Una de ellas, en realidad paradigmática, es la del profesor Angel Viñas, historiador, diplomático y economista de reconocida valía, y que ha sabido proyectar profesionalmente como pocos la sutileza de las cifras en esfuerzo económico y el gasto y capacidad militares, siempre desde un marco teórico adecuado y un rigor conceptual.

El libro que ahora nos ocupa está compuesto por ocho ensayos sobre esa temática publicados previamente entre 1982 y 1984. Con razón hace constar que esta suerte de estudios no ha penetrado aún en la Facultad de Ciencias Económicas, no obstante llevarse el capítulo de defensa una o la parte del león a la hora del reparto presupuestario de cualquier economía. Y así salen de imberbes tantos economistas lanzados luego a esos mundos de Dios a pesar de que su especialidad suele ser de macroeconomía. Desde luego, otros sectores de las ciencias sociales no salen mejor beneficiados, creyendo Viñas detectar la causa en que sólo existen tres catedráticos de Relaciones Internacionales, aunque a uno le consta que las profundidades de defensa se aparcan, desechan o marginan porque «no es propio de la asignatura».

En España, aparte de las encuestas de la sociología empírica para saber si uno va a misa o se queda en la cama, las ciencias sociales suelen moverse en un plano teórico, metafísico, jurídico y últimamente ético, y poco más. El predominio de los enfoques jurídicos y periodísticos, como señala el propio Viñas, se llevan la palma, lo que hace que la política exterior española carezca de «retaguardia intelectual», como apuntó un diplomático español, que imposibilita generar el adecuado núcleo doctrinal y de pensamiento que empuje hacia la racionalización de la acción gubernamental. Claro es que también cabría añadir que no por que hace un par de siglos no existieran universidades politécnicas en el mundo se frustró la revolución industrial. Pasar del estadio teológico al metafísico costó Dios y ayuda. En España, traspasar el ámbito positivista es ya cuestión de titanes. Tanta es la dificultad que se explica que esté tan en la boga progresista haber regresado a los dioses de la liberación, que siempre es un terreno más familiar. Lo nuestro es la cruzada, la lucha por la paz, no tratar de comprender la fenomenología del conflicto y abordar la instrumentación de guerra pertinente o impertinente.

Regresemos a Viñas. Este viciamiento o falta de despegue cada vez habrá que imputarlo menos a la herencia del franquismo y deducirlo más de la preparación intelectual y partidaria que se recibe en los doctos centros. No se pueden plantar olmos y obtener peras. O uno se emancipa, como ha hecho Viñas, o va listo para la eternidad. Viñas quiere hechos, no mitos (p. 8), pero se expone a que si arrecia en esa línea y empieza a señalar con el dedo pase por aguafiestas más que como exponente científico. En una España donde hace furor el utopismo, acaudillado por el vanguardismo bienpensante, tenemos la garantía de que el subdesarrollo en los estudios de defensa y su relación con lo económico gozará de una larga vida.

Examinemos algunos puntos concretos estudiados por el autor. Viñas cree entender que, perteneciendo España a la OTAN y la necesidad para ésta de mantener el tráfico por el estrecho, se hace difícilmente pensable que un conflicto abierto en la zona pudiera mantenerse prolongadamente, por lo que es obligada una adecuada presencia de fuerzas operativas españolas en el lugar conveniente. La simetría del conflicto España-Marruecos (que no menciona expresamente el autor), opino que no lo acortaría, puesto que la relación de fuerzas entre ambos contendientes no es, ni probablemente será, como la existente entre Israel y su(s) vecino(s), y menos todavía en el plano definitivamente internacional. Si el conflicto se acortara por intercesión/imposición/intervención foránea sería porque desde dentro no se habría obtenido ni una victoria ni una derrota resolutive por ningún bando, con lo cual la iniciativa seguiría en Marruecos, eligiendo de nuevo el cuándo y el cómo. El resultado de una intervención extraña no creo que pudiera beneficiar a España en el sentido de lograr un *statu quo* y no sólo momentáneo.

Viñas piensa que la defensa española debe ser selectiva, aun la general, por estar el país sólo expuesto limitadamente a conflictos externos y por carecer de responsabilidades y compromisos planetarios. Cierto, ni siquiera tenemos unas Malvinas o una Nueva Caledonia por ahí, pero con Ceuta/Melilla nos basta, nos sobra y nos dicta la primacía de defensa. El problema no degenerará con toda seguridad en un segundo calvario del Rif, pero tampoco parece preverse una solución relativamente instantánea llegado el caso, y es por eso que Marruecos hará llegar el caso cuando le convenga, con o sin Gibraltar resuelto.

Viñas define la «defensa económica» como «aquella rama de la política de defensa que tiene por objeto contrarrestar las vulnerabilidades de la economía nacional ante crisis o anomalías, mantener un volumen adecuado de recursos asignados en permanencia a la defensa, favorecer el rápido trasvase intersectorial de los medios y factores de producción hacia tales finalidades, asegurar los sectores y funciones esenciales a la actividad económica nacional y sentar las bases para proteger ésta en casos de un eventual conflicto nuclear» (p. 62). En otro ensayo la precisa y mejora, y dice que la «defensa económica tiene, pues, que partir en primer lugar del potencial productivo de que se dispone en tiempos de normalidad y de reorientarlo para hacer frente a situaciones de emergencia» (p. 88). La limitación de recursos impone constreñimientos y éstos obligan a jerarquizar el orden de prioridades de la defensa.

La seguridad es cara. No hay nada gratis. La cuestión es cuánta seguridad queremos y cómo la queremos. Que la competitividad americana ha ido cayendo de manera que se ha incrementado el gasto público, como opinan algunos a primera vista, parece tan evidente como que la competitividad japonesa se debe a su mínimo gasto militar. Sin embargo, hay que tener presentes los otros datos que coadyuvan al proceso del mercado, porque si no, no se entendería que España, con unos gastos militares relativamente bajos, sea poco competitiva internacionalmente.

RECENSIONES

La paz no es el desarme unilateral, por supuesto, pero tampoco queda demasiado claro saber qué paz queremos, al igual que cuánta seguridad para lograrla. En ello obtendríamos tantas respuestas como participantes quisieran entrar en el debate (¿quién diría que hace menos de un año el gran debate era la cuestión de los euromisiles, de pronto olvidado y sumergido por el nuevo debate de la guerra galáctica?). El marco ideológico –apriorístico– está siempre presente; la cuestión estriba en si esto desplaza la realidad del debate y el debate se queda entonces sin capacidad de expresión, aunque se haya convocado precisamente para expresarse.

Desgraciadamente, como bien apunta Viñas, el debate del pecado «moralista» o de «denuncia» no ha integrado el tema del desarrollo con el de la seguridad, y esto lo indicaba ya el Informe Myrdal; pero basta tan sólo con asomarse al espectáculo del momento para constatar que el debate truncado persiste gloriosamente. Los bienpensantes siguen creyendo que un freno al armamentismo significaría *ipso facto* más ayuda al Tercer Mundo, cuando lo cierto es que se traduciría con menos impuestos y deuda pública para Occidente y más coches y viviendas más grandes para el Este. El Informe Thorsson parece que quiere hilar más fino en ese dilema. Viñas toma uno de sus cuadros, que llaman la atención en un sentido opuesto al que las cifras tratan de aleccionar: el de la estimación del consumo de minerales con fines militares (p. 168). Pues bien, este consumo oscila entre un mínimo del 2,1 por 100 para el manganeso y el máximo del 11,1 por 100 para el cobre, con otra docena intermedia mucho más próximos al primer porcentaje que al segundo. Y, sin embargo, da la sensación de que el gasto militar devora medio mundo sin más.

En investigación y desarrollo militares los primeros cuatro países absorbían el 90 por 100 en 1980. Y si las cifras absolutas del gasto militar corresponden a las grandes potencias industriales, las tercermundistas suelen ir en cabeza en su auge relativo. En efecto, con datos a la vista y apoyándose en una afirmación autorizada, Viñas subraya a un autor que «aun cuando los países industriales suspendieran sus exportaciones de armas a países del Tercer Mundo, éstos multiplicarían los esfuerzos por producirlas nacionalmente, con o sin colaboración exterior». O sea, que los factores endógenos se imponen en esos países. La tragedia de nuestro tiempo probablemente radique más en esto que en otro punto. Lo demás son ejercicios en la cuerda floja, más o menos caros, pero que pueden proseguir indefinidamente sin reconducir necesariamente a sus pueblos a la edad de piedra cotidiana.

TOMÁS MESTRE VIVES

ANGEL VIÑAS: *Guerra, dinero, dictadura: Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Editorial Crítica, Barcelona, 1984, 340 pp.

Autor de los decisivos libros *La Alemania nazi y el 18 de julio* y *El oro de Moscú*, seguidos más tarde por *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos* y la dirección y participación en *Política comercial exterior en España, 1931-1975*, Angel Viñas no ha cesado de escudriñar desde diversos ángulos y focos de interés la guerra civil española y la España franquista. El libro aquí reseñado es una recapitulación de artículos y ponencias previamente publicados entre 1975 y 1984. Seis cubren motivos de la guerra y otros cinco temas sobre lo demás. A lo cual acompaña un apéndice documental que enriquece lo escrito por el autor.

Directa o indirectamente, como señala el propio Viñas, la mayoría de los ensayos relacionan la evolución española con el contexto internacional, y han podido escribirse gracias al acceso a fuentes que por primera vez se abrieron –o hablaron– al autor.

RECENSIONES

Reconocer es que Viñas ha tenido una especial mano izquierda para hacerse con documentación del Estado franquista que otros historiadores más apacibles fueron incapaces de conseguir en los tiempos propicios.

A propósito de la internacionalización de la guerra española habla Viñas de la manida «farsa» y mediocridades imperante en Ginebra, pero también cinco páginas más adelante reconoce que se consiguió lo que se pretendía con la política de no intervención; evitar por encima de todo que el conflicto español arrastrara a Europa. Y así fue. Y siendo Ginebra el simple y fiel reflejo de lo planeado en capitales soberanas, la mediocridad habrá que buscarla en éstas, no en el bailoteo permanente de aquella, que se limitó a cumplir su misión fielmente. Más difícil es de comprender ciertas actitudes de la República española. Reiteradamente atacó la política ginebrina como repetidamente confesó su intención de que la guerra española conectara con la inevitable guerra que se avecinaba en Europa. ¿Por qué, pues, la República no actuaba en consecuencia, prolongando el conflicto mediante el ahorro de fuerzas en lugar de perderlas mediante ofensivas que luego, fracasadas, se empeñaba en mantener, quemando energías en beneficio del otro bando, el cual, por definición, debiera haber sido el que las planteara sistemáticamente? Tras la pérdida del Norte, los gubernamentales fueron incapaces de comprender, dice Viñas, que no conseguirían reencender el interés extranjero por la causa republicana como antes, empecinándose en «una serie de grandes operaciones militares convencionales y muy ortodoxas que la desangraron inútilmente». Tal vez el secreto profundo estriba en que la República no quiso sólo empalmar con un hipotético conflicto más amplio que le sacara las castañas del fuego, sino conseguir la victoria por sí misma, y en esto estuvo, al parecer, hasta plena batalla del Ebro.

En su estudio sobre el debatido e intratable tema de Guernica, Viñas procede con arte detectivesco, de hecho ya el único modo de enfocararlo. Ello sigue suscitando más preguntas de las que abre el autor y trata más o menos de solventar. Por ejemplo, ¿Por qué el general Sperrle, jefe de la Legión Cóndor, se metió en un tinglado que luego se esforzaría por acultar a Berlín? ¿Si cumplimentó una orden de Franco que no podía agradar a Berlín, por qué tenía que hacerlo? ¿Y si la llevó a cabo por su cuenta, por qué Franco no lo denunció a Berlín? Los interrogantes siempre conducen a Sperrle. Su carrera profesional podía —y debía— ser aniquilada por un hecho temerario, agravado, en su caso, por ocultación de hechos tan notorios o de confusos semisilencios. Si no podía confesar la acción a efectos de una condecoración, ¿por qué la efectuaba si tendría que callarla para evitarle represalias del alto mando alemán? Yo creo que en literatura, *cherchez la femme*, y en militar, y más de sello alemán, hay que indagar en cuestión de disciplina, honor o carrera profesional. Otra explicación es que a Berlín le importase todo un pimiento, aun cuando se supieron las consecuencias en la opinión mundial. Tal vez la acción macabra podía dejar a Berlín tan fresco, pero es difícil que ni siquiera sintiera curiosidad *a posteriori* por lo que de verdad había pasado y cómo. En fin, de Guernica sabemos ya de sobra todo lo que no fue, pero seguimos tratando de adivinar el punto preciso de la trama.

La posición que toma Viñas acerca de la neutralidad española durante la guerra mundial no deja de ser llamativa. Serían las motivaciones económicas hechas de insuficiencias y cortedades las que habrían incapacitado «el comportamiento arrogante del Nuevo Estado»; de no ser así, deduce, «la tan decantada “hábil prudencia”» de Franco se reduciría a estos condicionamientos económicos insuperables. ¡Obvio! ¿Y qué otra cosa cabía esperar? ¿Qué no podría escribir el autor si el Caudillo hubiera metido a pesar de todo a España en guerra y la hubieran zurrado por los cuatro costados? Supongo que como mínimo la tacharía de «estúpida imprudencia» si no de

RECENSIONES

subnormal profundo a quien hubiera tomado tal decisión creyendo llevar al país a la victoria. Franco, en ocasiones, fue prudente, pero casi siempre fue paralítico. Y eso explica la mayor parte de su reinado.

Por lo mismo, tampoco parece aceptable calificar de «burdo» el juego de neutralidad/no beligerancia/neutralidad estilado por la España de Franco durante el conflicto mundial. Al fin y al cabo se mantuvo fuera de la tormenta y encima salvó al régimen. Más bien parece que todo ello estuvo más cerca de un encaje de bolillos que de lo «burdo».

Es conocida de sobra la perspectiva progresista de Angel Viñas, pero tener que presentar expresamente credenciales no viene en ocasiones al caso. Su compromiso por la objetividad se desprende por lo que podemos leerle, afortunadamente, no por manifestar «la necesidad de no suministrar ningún tipo de legitimación a las situaciones de dominio» (pág. 16). Si este criterio lo aplicara al orbe soviético de la Europa del Este los más progresistas que Angel Viñas lo calificarían de guerrero frío y revanchista. Y tampoco es eso.

El ensayo sobre los asuntos exteriores durante el franquismo habla de la manipulación y engaño a que el pueblo español fue sometido por razones ideológicas, ocultando finalidades concretas de la política exterior y su instrumentación en cada momento concreto (pág. 239). Esperemos que un día, con semejante enfoque y método (¿o lo dejamos en mera intencionalidad?), no se escriba sobre la política exterior del PSOE antes y durante su estancia en el poder a propósito de detalles como OTAN, Polisario y demás. En esta tesitura, no sé si tiene interés un párrafo como el que el autor utiliza al decir que «la política exterior de la democracia española, a la que no me referiré en este trabajo, no es comprensible sin conocer los condicionamientos, las tradiciones, los mecanismos y las burocracias que actuaron en aquel campo durante el franquismo» (pág. 292). Personalmente creo que las cosas son más fáciles. Es la diferencia entre convicción y responsabilidad a lo Weber, entre conocimiento, amateurismo e ignorancia, entre estructura y coyuntura, entre poder y querer. Fue todo un Jover Zamora que apuntó algo crudo y sarcástico a propósito de la herencia del franquismo entre lo que afectaba a la estructura del régimen y los intereses cristalizados del Estado permanente, cuando no buscados por el propio Estado soberano, cuajados por el poder desafiador de otros Estados también soberanos.

Estos son meros apuntes al bien conocido saber hacer de Angel Viñas, cuyo libro de ensayos aquí reseñado está a su manera en la sólida línea de sus libros. Son éstos los que juzgan al presente. Yo sólo puedo sugerirlo.

TOMÁS MESTRE VIVES

FRED HALLIDAY: *The making of the second cold war*. Verso, Londres, 1983, 280 pp.

El pasado encuentro entre el secretario de Estado americano, George Shultz, y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromiko, mantenido en Ginebra a principios de este año, había levantado grandes expectativas en todos lados, entre Gobiernos, entre expertos, en interesados y en la opinión pública misma.

Que se sentaran los dos grandes poderes nucleares del mundo en una misma mesa, a fin de retomar los contactos y afrontar nuevas negociaciones, encaminadas a reducir sus respectivos arsenales, se consideraba un gran paso adelante, una fuente de nuevas esperanzas, para alcanzar acuerdos entre las dos superpotencias y la posibilidad de una cierta limitación de armamento.

Sobre todo, porque aquellas conversaciones preliminares parecían iniciar el deshielo de una situación histórica caracterizada por el creciente enfrentamiento Este-Oeste y que se venía manteniendo por algunos años con no otro aparente final que un apocalíptico conflicto devastador.

Esta fase, que se inicia en los últimos años del mandato presidencial de Jimmy Carter con un punto histórico de referencia en la invasión de Afganistán por las fuerzas del Ejército Rojo, con su «gélido» vórtice, en noviembre de 1983, cuando la ruptura de todos los foros de desarme, tras la llegada a Europa de los primeros *euromisiles* y que parece tener su fin con el mencionado encuentro de los días 7 y 8 de enero de 1985, esta fase, decimos, ha sido calificada por muchos como la *segunda guerra fría*.

Razones no han faltado, como sabemos. Nos basta recordar continuados y alarmantes titulares de periódicos y semanarios de prestigio. Pero ahora, que todo parece apuntar a un cambio en el clima internacional –sean cuales sean los resultados efectivos de las negociaciones sobre reducción de armas estratégicas, de alcance intermedio, antisatélites y antimisiles–, convendría repasar más detenidamente qué ha sido concretamente esta etapa (de algo más de un lustro), sus causas y, sobre todo, las posibles secuelas que puedan entorpecer cualquier posibilidad de diálogo entre los dos colosos, impidiendo el fin último de la desaparición de todo peligro y amenaza nuclear.

El libro que comentamos, a pesar de estar fechado a fines de 1983, es una de las escasas obras que tratan de ello de una forma extensa, precisa, clara y con el firme compromiso moral de oponerse a todo aquello que nos acerca paulatinamente al riesgo de nuestra propia destrucción, sin perder por ello un ápice del rigor intelectual que ya ha caracterizado al autor *Fellow* en el Transnational Institute, en anteriores obras suyas.

Aunque la obra se presenta formalmente dividida en nueve capítulos, para su presentación nos vamos a atrever a diferenciarla en tres grandes apartados. El primero trataría de la definición teórica de la guerra fría y sus concreciones históricas de posguerra. El segundo abarcaría los elementos causales de la guerra fría de los años 1979 en adelante, y la parte final abordaría las posibles tendencias y evolución de la tensión entre los dos potenciales adversarios, los Estados Unidos y la URSS. Sin descuidar unas últimas indicaciones sobre cómo incidir, en opinión del autor, en la inversión de esta estrategia del conflicto.

Que desde 1979, y en especial con la primera Administración Reagan, la dinámica mundial puede ser definida de guerra fría, nos parece evidente. Por un lado, las relaciones entre los dos bloques se han visto paralizadas, «congeladas», pero, aun siendo malas, crispadas o incluso belicosas, no se ha alcanzado el punto de guerra «caliente».

Además, en comparación con el período 1947-1953 (la primera guerra fría), en estos últimos años pueden observarse algunas características coincidentes: 1.º, una espectacular acumulación de armas, con especial énfasis en armamento nuclear; 2.º, la enfervorizada denigración del contrario mediante una intensa campaña de propaganda; 3.º, la inexistencia de positivas negociaciones entre los Estados Unidos y la URSS; 4.º, la expresión del conflicto entre los dos bloques en situaciones revolucionarias en el Tercer Mundo; 5.º, la acentuación del control interno en cada bloque por su respectivo líder, y 6.º, la enfatización en la confrontación Este-Oeste, en detrimento del interés por la negociación.

Ahora bien, si estas condiciones definen prácticamente a toda moderna guerra fría, la segunda, esto es, los años 1979-1985, guarda ciertos aspectos particulares. A diferencia de la primera, claramente anticomunista, esta segunda ha sido específicamente orientada contra la Unión Soviética. Por otro lado, la correlación global de fuerzas era bien distinta, ya que la ventajosa superioridad militar americana había sido

RECENSIONES

minada con el constante esfuerzo en defensa soviético, que había logrado una situación de «paridad estratégica» entre los dos ya en los setenta. Esto hizo, por un lado, cambiar el rol de Europa y del Tercer Mundo en esta crisis, así como mantener la imperiosa necesidad de contactos aun en tiempos de crispación. El posible empleo del armamento nuclear actualmente supondría la destrucción de la humanidad tal como la conocemos. Por último, y como dato importante para entender el futuro inmediato, a diferencia de la primera, la segunda guerra fría coincide con una recesión económica generalizada, inflación y paro, factores adicionales de desestabilización.

Estos exponentes han constituido el conjunto de síntomas de una situación compleja y delicada por la que hemos atravesado. Sin embargo, es difícil achacar este incierto panorama al carácter diabólico de unos envejecidos dirigentes o a un peliculero sueño de esplendor, fuerza y supremacía, como se ha venido haciendo.

La dinámica de creciente polarización y conflicto entre los Estados Unidos y la URSS ha tenido como base una serie de fenómenos diversos, siendo imposible contentarse con una explicación monocausal.

Hasta ahora han sido usuales las explicaciones que se han apoyado en un único factor principal como justificación de la segunda guerra fría y que el autor, brillantemente, va a intentar superar con su discurso. Estos años hemos visto un relanzamiento de los *teóricos de la amenaza soviética* (la culpa de la crisis del mundo sería la política expansionista y agresiva de la URSS). Su espejo han sido los *críticos del imperialismo estadounidense* (la beligerancia parte del sistema social capitalista-occidental). Al margen de estas dos escuelas, encontramos los *teóricos de la colisión de las superpotencias* (el mundo subordinado a la conjunción de intereses y conflictos de los grandes, de acuerdo en una dominación global). Con menos fuerza se manifiestan últimamente los *teóricos del conflicto Norte-Sur* (la principal dinámica mundial estaría en el conflicto entre ricos y pobres, entre imperio y colonia), al menos frente a la creciente popularización de la *teoría de la carrera de armamentos* (el factor central del mundo se halla en la acumulación de armas, especialmente las nucleares, que determina las intenciones políticas y los intereses sociales). Junto a estas explicaciones sobresalen también los *teóricos del conflicto Este-Oeste* (la política mundial, determinada por el conflicto entre estados capitalistas ricos; la carrera de armamentos, un control sobre competidores, y la amenaza soviética, una justificación ideológica), y de menor importancia, los *teóricos de la contradicción intraestado-internacional* (las causas residirían en los problemas internos de los grandes poderes), o los *teóricos del conflicto de clases a nivel mundial*, con mucho menor poder explicativo.

Como dijimos, Fred Halliday va a intentar superar la incomunicación entre estas tendencias intelectuales y, en lo que consideramos su segundo gran apartado de su obra, va a abordar las causas de la dinámica de guerra fría de una manera global, aunque tomando como referencias básicas la rivalidad Este-Oeste, por un lado, y por otro, la carrera de armamentos.

Así, básicamente, la segunda guerra fría se sustentará en una específica percepción norteamericana de su propia seguridad nacional: el declive de la superioridad militar de los Estados Unidos, hasta entonces indiscutida. La propiedad de esta apreciación particular, si era cabal o no, ha alimentado una polémica plasmada en miles de artículos, réplicas, contrarréplicas y libros. Se argumentaba que la «paridad estratégica» alcanzada por la URSS en los primeros setenta, esto es, la capacidad soviética de alcanzar y destruir a los Estados Unidos, incluso tras un primer intercambio nuclear, había erosionado la posición americana en el concierto internacional. Además, se decía también, esta posición seguiría deteriorándose, dado el importante y continuado esfuerzo soviético en defensa y armamento, palpable en sus presupuestos, y que

RECENSIONES

despertaba el miedo de una Unión Soviética aventajada en el terreno nuclear. De esta forma se comenzó a hablar de «ventanas de vulnerabilidad» y de la necesidad de adoptar medidas urgentes para restablecer el «equilibrio» global.

Sin embargo, el mito de la futura superioridad soviética era más bien discutible, y en el libro queda bastante claro. Halliday reúne todos los puntos que se han discutido estos años: el monto de los gastos militares en la URSS y la dificultad de comparación con los occidentales, la ausencia de cambios drásticos en la planificación militar rusa desde los sesenta y una comparación detallada de las fuerzas americanas y soviéticas, tanto a nivel convencional, táctico, de alcance intermedio, como estratégico. En cualquier caso, y en opinión del autor, a pesar de los esfuerzos soviéticos en armamento estratégico y de alcance intermedio, el balance sigue estando del lado americano, no ya porque el número de cabezas siga siendo mayor, sino sobre todo por lo que supone una neta ventaja cualitativa dada por el nivel tecnológico de los Estados Unidos. Y como sabemos, ya no se trata simplemente de discutir acerca de la precisión de los misiles de uno u otro bando, el problema de la aplicación de nuevas tecnologías se está resolviendo en cambios de doctrina (ataques preventivos, contrafuerzas, guerras limitadas, etc.) y en la planificación de nuevos sistemas de armas (antisatélites, antimisiles...), que sólo llevan a pensar lo impensable: un conflicto nuclear posible y ganable.

No obstante, esta disparidad de criterios, una prueba más que se añadía oficialmente a esta necesidad de rearme, radicaba en el creciente intervencionismo de la Unión Soviética en áreas donde nunca antes había llegado. Influencia política que se juzgaba derivada del poderío militar que la URSS estaba logrando. De esa forma, según los expertos y dirigentes americanos, en la base de todo el proceso revolucionario del Tercer Mundo durante los años 1974-1978, en especial en África, se situaba el expansionismo agresivo de la URSS no sólo en busca de nuevas áreas de poder, sino también buscando el control de las rutas vitales a la economía de Occidente. Halliday, por ello, se centrará especialmente en tres casos: Angola, el Golfo y Centroamérica. Pero, a lo largo del análisis de la ola revolucionaria, el autor concluirá que los cambios se han sucedido por razones a encontrar en el mismo Tercer Mundo, en sus situaciones nacionales o regionales, y en las respuestas americanas a estos cambios, no en la política soviética. En cualquier caso, sobre los mitos y realidades de la intervención rusa a nivel global, también hay una extensa polémica en cientos de obras.

Como añadidura, podemos sumar una situación de creciente competitividad entre los propios aliados, resultado de la situación económica depresiva que servirá para apuntalar el deseo americano de seguridad, protección y hegemonía. La segunda guerra fría, como ya dijimos, no coincide con una coyuntura expansiva, sino con años de inflación, recesión, paro y conciencia de escasez. No creemos necesario resaltar indicadores del sistema financiero internacional ni recordar los sucesivos *shocks* petroleros desde 1973. La crisis energética conducirá a una crisis industrial y las rivalidades occidentales se reavivarán en un momento de reordenamiento mundial comercial en el que surgían nuevos centros de poder económico competidores directos de los clásicos. Por otra parte, no debemos olvidar la búsqueda de materias primas estratégicas, que ha convertido a sus poseedores en zonas calientes o de abierto conflicto en la segunda mitad de los setenta.

Será en este contexto cuando la nueva derecha americana venza en las elecciones de 1980 y lleve a Ronald Reagan a la Casa Blanca. Fuerzas neoconservadoras que representaban a una derecha militante proveniente del Sur y del Oeste y que, en connivencia con las industrias del «triángulo del acero», presionaban por un incremento de los gastos de defensa para así restablecer el liderazgo mundial estadounidense.

RECENSIONES

y combatir al mismo tiempo la recesión y la crisis económica interna. O, lo que es lo mismo, invertir, mediante la militarización, el proceso de pérdida de poder a escala internacional frente a sus aliados y frente a sus enemigos, y sacar de la crisis a sectores enteros de la economía nacional.

Los cambios socioeconómicos durante los años setenta en los Estados Unidos, el ascenso de una derecha militante, las tendencias contradictorias en el Capitolio, las presiones industriales, así como las elecciones de 1980 y las propuestas internas presidenciales, están tratadas de una manera muy sugerente en la obra.

Como conclusión, el fracaso de los elementos más liberales de Carter y la decidida apuesta de Reagan por el abandono de toda política de distensión o *détente*, la búsqueda imperiosa de una ventajosa posición de superioridad y, últimamente, el rechazo de la disuasión, tal como se ha venido entendiendo tradicionalmente. Los resultados los hemos conocido todos: una agresiva y dura aproximación al control de armamentos. La globalización de todos los conflictos al problema Estados Unidos-URSS y su aceptación por los aliados, especialmente Europa y Japón. Así como la espectacular producción de toda una panoplia de ingenios mortíferos.

Tras el repaso histórico de lo que ha sido la segunda guerra fría y su expresión en situaciones concretas, el autor concluye con el reto de encarar y acabar con el clima de tensión entre los grandes. Quizá en esta parte final sea donde el libro es más tributario del momento en el que está escrito. Aunque Halliday analiza las dificultades económicas de los planes de la Administración Reagan y los sucesivos recortes que el Congreso ha ido consiguiendo, así como un futuro cambio en la postura de la URSS; su esperanza reside mucho más en una opinión pública movilizada y combatiente, como la europea de 1983, enfrentada entonces al problema de la instalación de los *euromisiles*. Sin embargo, hoy nos preguntamos si nuestros movimientos pro desarme y por la paz han significado una presión real en las políticas de los grandes.

En fin, en cualquier caso, es un excelente libro que analiza críticamente el proyecto de la nueva derecha americana de afianzarse como el garante indiscutible del orden mundial, una actitud o un sueño desgraciadamente perdurable, por encima del hecho de que haya o no conversaciones entre las dos superpotencias.

Si existe una necesidad vital de que los grandes se pongan de acuerdo en una significativa reducción y control de sus capacidades de destrucción, y la hay, los negociadores americanos tienen que olvidar el fin de doblegar a la URSS con posiciones de fuerza, porque el resultado no sería otro que un foro de conversaciones más, inútil para todo, excepto para armarnos hasta la muerte. Este libro de Halliday nos recuerda que, además de las voluntades, están las condiciones que las hacen posibles, y que también hay que cambiar. El futuro de la humanidad es lo que está en este caso sobre la mesa.

RAFAEL LUIS BARDAJI

GERARD CHALIAND y JEAN PIERRE RAGEAU: *Atlas estratégico y geopolítico*. Madrid, Alianza Editorial, 1984, 223 pp.

La necesidad de ligar de alguna forma geografía y política, de dilucidar el peso del medio geográfico en la política internacional, ha tenido sus altibajos históricos, pero ha acabado perdurando, tanto en el campo de los geógrafos como en el de los especialistas en estudios internacionales. Al fin y al cabo, como sentenció el fallecido Raymond Aron, «todo orden internacional hasta nuestros días ha sido esencialmente un orden territorial».

RECENSIONES

Sin embargo, las diversas doctrinas que a lo largo de los años se han sucedido, explicando el peso de los factores naturales en la política internacional, han tenido desigual éxito y, sobre todo, muy desigual atractivo. Bástenos recordar los fatalismos simplistas, hoy ya superados, de la teoría de los climas en Montesquieu o la condenable aberración ideológica que hizo de la geopolítica el general nazi Karl Haushofer.

No obstante, y en tanto que la geografía sigue considerándose un factor fundamental, si no determinante, de las relaciones entre los estados, siguen realizándose intentos que superen el esquematismo y la deformación ideológica más grosera. El libro que comentamos, sin ser un estudio de teoría crítica y polémica, es uno de ellos.

Y decimos que no es una obra de teoría explícita, porque no lo es, aunque se sustente en una sólida construcción conceptual y epistemológica. Ante todo, habría que advertir al lector de la exactitud y precisión del título de esta obra francesa, ahora publicada con algún retraso en nuestro país.

Habría que decir, en primer lugar, que se trata efectivamente de un Atlas, esto es, se trata de una colección de láminas geográficas reunidas en un volumen en el que, por tanto, el dato básico, esencial y mayoritario es el mapa, forma de representación geográfica por excelencia.

Va a ser el mapa, y no otra cosa, el soporte donde los autores lleven todas las informaciones necesarias para representar de manera eficaz y globalmente tanto el espacio físico «desnudo» como las características económicas, culturales, demográficas, militares o políticas que éste alberga.

En suma, es una obra, si se me permite la expresión, para ver y no para leer.

En segundo lugar, el Atlas se define como estratégico.

Del concepto estrategia podemos extraer aquí dos distintas consideraciones, dependiendo de su contenido. Antes que nada, un significado de globalidad. La estrategia, generalmente, se ha entendido como la consecución de los fines y proyectos de la política nacional mediante el adecuado empleo y aplicación de todos los recursos del país. En ese sentido de totalidad, en la medida en que es todo lo nacional lo que se pone al servicio de unos fines, el Atlas deberá incorporar formalizaciones de datos lingüísticos, religiosos, industriales, comerciales, etc., todo lo que configura el poder de un Estado más allá de lo físico. Y lo hace.

Pero también del concepto de estrategia podemos tomar una definición más restringida, lúcidamente condensada por Lidell Hart, la estrategia como «el arte de distribuir y hacer actuar los medios militares para alcanzar los objetivos políticos». Lo que implica el conocimiento de las fuerzas en juego y sus posibles formas de intervención. También aquí el Atlas recoge las figuras más sobresalientes.

Por tanto, Atlas estratégico, porque expresa simbólicamente en mapas consideraciones globales sobre nuestro mundo y porque siendo éste un mundo en conflicto dedica especial atención a los medios de guerra: ejércitos y armas.

En tercer lugar, el Atlas se define como geopolítico. Digamos que, flexibilizando el acérrimo determinismo clásico, los autores ponen de relieve la importancia que aún guardan en toda política nacional la situación concreta del país, su configuración, sus fronteras, sus líneas de comunicación, etc. Esto viene particularmente detallado en un considerable número de mapas que los autores dedican a los conflictos regionales que el mundo padece. A señalar, los del Golfo Pérsico, Centroamérica o el sudeste asiático.

Por lo demás, poco podemos decir; se comprenderá la dificultad de comentar una obra de láminas. Sin embargo, siempre caben unas pocas observaciones.

La más evidente, la función ideológica y política que encubre toda representación geográfica. Hasta ahora, las visiones estratégicas globales se han presentado de formas variadas y con objetivos diversos, pero siempre atadas por sus específicas perspectivas

RECENSIONES

del mundo. En la primera parte del Atlas se tratará de romper el etnocentrismo clásico de las cartas que conocemos para colocarnos ante las distintas percepciones del mundo, tal como se contempla desde la URSS, China o Estados Unidos. Hay algunas perspectivas insólitas, pero tremendamente reales.

Ahora bien, la articulación de conocimientos referentes al espacio, es decir, la geografía, ha sido y es un saber estrechamente ligado a un conjunto de actividades políticas y militares; es, con mucho, un saber estratégico, un poder, y esta ruptura de las visiones nacionales no es una ruptura teórica meramente, sino que tiene por fin un conocimiento más preciso de la percepción que tienen los otros, un modo más de conocer el pensamiento y la lógica de las reacciones del posible adversario.

En un mundo donde la bipolaridad militar se ha visto reforzada, la importancia del conocimiento de las percepciones soviéticas ha llegado a ser vital en Occidente. De ahí que toda una gran parte del Atlas gravite en torno a la URSS. La geografía tampoco puede escapar a la lógica de la guerra fría.

Pero, además, los autores proponen una ruptura más en el esquema clásico occidental. Abandonar el mundo continental de Mercator y considerar verdaderamente que el globo terrestre no es sino un mundo esencialmente marino. De esa forma, las distancias, los métodos de transporte, las líneas de comunicación explican la actual importancia de ciertos puntos o el declive de otros. Hechos que se visualizan espléndidamente en el mapa base del libro, mapa de una perspectiva inusitada.

En fin, formalmente ausente, pero siempre revoloteando por entre las láminas y mapas, queda una idea básica para comprender la actualidad de éste y de todo Atlas: Que la geografía es un arma para la guerra. El mapa es la lisa representación de un espacio en el que dirigir unas operaciones y en el que organizar el control de un territorio y una población, de unas fuerzas, ante o contra un enemigo.

En esa medida, y tal vez por cierta timidez intelectual de los autores, se echan en falta figuras de los espacios en los que se va a desarrollar la confrontación de los 90, de los fondos marinos y del espacio exterior, zonas de crisis que quedan muy diluidas en visiones insospechadas del mundo (como la muy especial de Brasil sur-sur), pero ya hoy de otro significado.

A pesar de todo, es un libro de uso obligatorio para internacionalistas, profesores y estudiantes, aun con la mejor visión espacial posible.

RAFAEL LUIS BARDAJI

RÉGIS DEBRAY, *La puissance et les rêves*, Paris, Gallimard, 1984, 304 pp.

Régis Debray, antaño intelectual de la *rive gauche*, mezcla de condotiero y héroe romántico discutido en el proceso de Camiri, seguidor de la estela del Che Guevara, teorizador del fóquismo guerrillero (*Revolución en la revolución*), y hogaño asesor del Presidente Mitterrand para cuestiones de América Latina, ha realizado un esfuerzo político-académico digno de comentario. ¿Existe o aún está por hacer una teoría y una práctica socialista de las Relaciones Internacionales? Aunque en su página de advertencia inicial, el propio Debray se cuida de señalar que no es un diplomático profesional, ni tampoco un especialista en la materia, que sus reflexiones no se dirigen a los estudiosos e investigadores, sino al ciudadano francés, sin prejuicios ni anquilosis, pero que tienen su corazón en el lado izquierdo, el intento vale más de un análisis y alguna que otra consideración. Sobre todo, cuando se parte de una afirmación que debe ser entendida inmersa en la cotidianeidad francesa: «No hay teoría socialista en materia de Relaciones Internacionales»; pero, sin embargo, sobre unas variantes doctrinales,

«hay una ortodoxia que articula unos fines en base a unos procedimientos». Más concretamente: hay una tradición socialista (la de la paz, la seguridad y el desarme). Estos son los sueños, los que se nutren y desarrollan en tiempos de clandestinidad o en funciones de oposición. La otra cara de la moneda, la realidad, es el ejercicio del poder: ¿Son materializables los sueños cuando se desempeña el poder? Esta es la interrogante, ilustrada incluso, clara y pedagógicamente, a lo largo del libro con la utilización de una tipografía distinta.

La triada enunciada en el párrafo anterior –paz, seguridad y desarme– se articula sobre lo que Debray denomina «el sistema de la razón socialista»: Federalismo, juridicismo y pacifismo. Para confirmar estas hipótesis el autor no tropieza con mayores dificultades, ya que le basta y le sobra con acudir al largo historial inspirado y fomentado por los partidos socialistas a finales del siglo XIX y buena parte del XX, y registrado en abundantes congresos, encuentros, resoluciones, declaraciones y manifiestos.

Hasta aquí, todo va bien. El problema surge cuando el socialismo, el utópico ¿por qué no?, es llamado al Poder. Cuando se enfrenta con el hecho estatal. Aquí es, precisamente, cuando el ensayo de Debray pierde entidad reflexiva; el descenso a la arena de la realización y de la competencia no es afortunado y ello no es achacable, ciertamente, al autor. ¿Cómo encajar la crudeza de las relaciones entre Estados con el designio de potenciar el protagonismo de los pueblos? Y, en el supuesto concreto de la Francia de la V República, del sistema presidencialista nacido del golpe de Estado de los generales de la Argelia francesa; de una población que ante la agudeza de los hechos sitúa siempre, por encima de cualquier otro valor, el chovinismo más populachero y, al tiempo, más supraintelectualizado; de una tradición de poder socialista que cayó en el Mollet de la aventura tardíamente imperialista de Suez. La combinación del sentimiento nacional o del espíritu nacionalista, con las imposiciones de la *Realpolitik* y el legado ideológico de la Internacional Socialista, resulta explosiva en el discurso de Régis Debray. Del proyecto de las páginas primeras, muy loable y meritorio por demás, se desemboca, de forma pausada y coherente, lógicamente, en un diseño ideal de lo que debería ser la política exterior de Francia gobernada por un gabinete socialista. Más directamente, Debray se plantea, como otros tantos políticos y pensadores franceses, las posibilidades de que su país pueda alcanzar el rango diplomático y la jerarquía fáctica de los Super Poderes internacionales. Como es bien sabido, Francia no posee los recursos materiales, de todo tipo, para acceder a tan elevado nivel; como compensación, Debray recurre al hecho cultural, partiendo de un supuesto hartamente discutible en los tiempos que corren: la superioridad cultural francesa. Finalmente, tampoco han sido valores socialistas la hegemonía política ni mucho menos la arrogancia cultural. Salvo que se confundan los términos y, en conclusión, en política exterior predomine el llamado «interés nacional» que, en última instancia, sólo sirve para encubrir las abdicaciones y las renunciaciones ideológicas. Supuesto en el que, ciertamente, sería frívolo el plantearse la posibilidad de una política exterior distinta a la que pudiera llevar a cabo cualquier otro partido político burgués.

Lo que pudo ser una aportación interesante, tras una lectura desapasionada, queda reducido a unos límites muy modestos y, cuando menos, equívocos. La tentativa de esbozar, en política exterior, un «gobierno» de izquierda, produce unos resultados penosos y chirriantes. En el plano teórico, la aportación es nula; y, en el terreno práctico, peca de contradictoria. Pero antes de formular un juicio definitivo sobre la obra de Régis Debray abriremos un paréntesis, en tanto aparece el segundo volumen, ya anunciado, y que llevará como título, tan prometedor y tan literario como el primero, el siguiente: *L'Alliance et les menaces*.

ROBERTO MESA

RECENSIONES

RAYMOND ARON: *Les dernières années du siècle*, Paris, Julliard, 1984, 248 pp.

Con todos los riesgos que implica publicar un texto inconcluso y no corregido por su autor, tras la muerte de Aron, un grupo de amigos y discípulos (Stanley Hoffmann, Jean-Claude Casanova, Pierre Hassher, etc.) han asumido la responsabilidad de dar a la imprenta los borradores del maestro y ordenarlos, con una cierta lógica, con un conjunto de varios artículos, ya publicados, en los que Aron respondió a ciertas críticas. También se incluye un capítulo inédito de las *Mémoires* que, según los autores de la recopilación, Aron retiró del texto final para no tratar determinados problemas de actualidad.

En los últimos años, con la aparición primero del libro magnetofónico *Le spectateur engagé* (París, 1981) y, sobre todo, con la publicación de sus *Mémoires. 50 ans de réflexion politique* (París, 1983), se había asistido a una suerte de renovación y homenaje aronianos; al superviviente de aquella trinidad de niños prodigios o terribles, con Sartre y Nizan, que había dado sus últimos esplendores a un prestigio cultural ya en declive. Parecía, pues, más que justificada la impresión de esta obra de carácter póstumo; aunque, como ya se ha indicado, no tan inédita.

Al margen todos los reconocimientos expresos del valor científico de la obra de Aron, conociendo que la obra total de un pensador de su talla no puede contemplarse a través de cortes o calas irracionales, sino como un todo continuo, estos «últimos años del siglo», vienen sencillamente a ratificar las opiniones consolidadas, adversas o favorables, sobre la obra aroniana. Sería absurdo, fatuo, desconocer la aportación de Raymond Aron a la teoría de las Relaciones Internacionales, a su reflexión sobre el hecho obsesivo de la guerra y del fenómeno nuclear, a su función excepcional de coordinación y comunicación con el mundo aglosajón, tan vedado a los académicos latinos; pero también sería ingenuo ignorar su compromiso político absolutamente radical con el pensamiento conservador; su apoyo a causas muy concretas o su silencio sepulcral frente a otras (la guerra de Argelia; y, especialmente, desde el plano intelectual, su apostura y hegemonismo, ejercida tanto desde la cátedra como desde el mundo editorial (Gallimard), recordados por J. F. Revel en un panfleto poco difundido (*La cabale des dévots*, París, 1962), y que perfilan a Raymond Aron como posiblemente el último gran mandarín.

Desde esta perspectiva, hubiese resultado sorprendente, cuando no grotesco, que en sus últimos escritos Aron rectificase los planteamientos que dominaron toda su trayectoria intelectual. Las brevisimas páginas introductorias, quizá las últimas escritas de su puño y letra, son una ratificación absoluta de su concepción de la realidad internacional. Aron no entra a considerar la sociedad internacional, que para él continúa siendo una sociedad interestatal (que actúa y se desplaza dentro del más rígido esquematismo hobbesiano). Sólo, al final, dos interrogantes: ¿Me equivoqué al contemplar el presente con las gafas del pasado...? ¿Fue razonable situarme en la vía de la tradición y no tomar en consideración, como punto de partida, «el sistema imperial de la economía mundial»? Con respecto a la primera interrogación, las páginas del borrador que ahora se publican dejan flotando la duda de si se trataba de una inquietud sincera y profunda o de una frivolidad, de un simple movimiento diversionista o, sencillamente, un guiño al lector avisado para que su autor preferido no fuese acusado de ignorante. Con respecto a la segunda, el análisis de lo que denomina «sistema imperial de la economía mundial», la aproximación ya realizada al fenómeno imperialista (*La República Imperial*, fundamentalmente) no hacía presagiar grandes innovaciones, sino más bien todo lo contrario: repetición de prejuicios e

RECENSIONES

incomprensión total del fenómeno básico de nuestro tiempo, al continuar emplazado en visiones anacrónicas y semánticas. Como otros muchos pensadores de su escuela, Aron siempre tuvo una visión maniquea del hecho económico, posiblemente ante el pánico que le producía el fantasma filosófico del marxismo, simbolizado siniestramente en la cristalización del Estado soviético (págs. 113-148).

Por último, comentar el capítulo que, a modo de balance y prospectiva, epigrafa «Les années décisives», parafraseando el título de Oswald Spengler, es tarea que equivaldría al alcanceamiento de un sarraceno muerto. Baste decir que Aron, a comienzos de los años ochenta, en el umbral mismo del siglo XXI, continuaba dando por válido el aforismo proclamado por él mismo en 1947: «Paix impossible, guerre improbable.» En suma, un libro que debe leerse atentamente, sin exagerar el rigor, pero conectándolo de forma obligada con toda la obra anterior. Y, si el esfuerzo no es superlativo, contrastando la lectura con la acotación de las páginas de las *Mémoires*, un libro que, éste sí, justifica toda una vida, aunque sólo sea por sus valores literarios y por la arrogancia displicente de los gestos del último gran mandarín del pensamiento francés.

ROBERTO MESA

EDMOND JOUVE: *L'Organisation de l'Unité Africaine*, prólogo de Edem Kodjo, PUF, Paris, 1984, 284 pp.

Edmond Jouve ha publicado en los últimos años una serie de obras que le acreditan como uno de los primeros especialistas franceses en cuestiones político-internacionales relacionadas con el Tercer Mundo; en particular, su obra *Relations Internationales du Tiers Monde et droit des peuples*, que desde 1979 ha conocido varias ediciones, y más recientemente, *Le Tiers Monde dans la vie internationale* (1983), aparte su labor en el *Annuaire du Tiers Monde*, publicación de carácter singular y único, desgraciadamente desaparecida.

Situado en la línea teórico-ideológica de Pierre-François Gonidec, interesante orientación de marxismo no ortodoxo aplicada a las relaciones internacionales, el profesor Jouve, en la obra que ahora comentamos, consagrada al estudio de la Organización de la Unidad Africana, desciende a un terreno más acotado, más restringido, en el que ya existen aportaciones notables, aunque ciertamente anticuadas (por referirnos a las más conocidas, recordemos, sin salirnos de la bibliografía francesa, la obra del egipcio Boutros-Ghali, que data del año 1969). Es decir, que desde la firma de la Carta de Addis-Abeba (28 de mayo de 1963) no es un despropósito, ni mucho menos, volver la vista atrás, analizar el funcionamiento de la institución y pergeñar un proyecto de análisis.

Este, pensamos, es el propósito fundamental de la obra reseñada. Desde esta perspectiva dual, descriptivo-analítica, el tratamiento de Jouve es el clásico y más adecuado. En una primera parte, tras una sustanciosa introducción sobre los orígenes de la OUA, se pasa revista, una por una, a sus instituciones y a su maquinaria administrativa. Instituciones, especialmente las de carácter político, que, por su misma esencia, sirven de medida para valorar la vitalidad y las crisis de la OUA. Piénsese, por ejemplo, en la importancia que ha cobrado la figura del presidente de cada Conferencia de Jefes de Estado y/o de Gobierno, que, por otra parte, ni tan siquiera figura en la Carta de la OUA, sino que sólo se recoge en el Reglamento de dicho tipo de Conferencias; recuérdese que esta presidencia ha sido desempeñada, entre otros nombres históricos, por estadistas de la entidad de Nasser, N'Krumah, Bumedian,

RECENSIONES

Hassan II, K. Kaunda, etc. Un presidente cuya función no se limita a moderar las intervenciones de sus pares, ni tampoco a inauguraciones más o menos protocolarias, sino que, como escribe Jouve, «personifica a la Organización, de la que aparece como su interlocutor (...). De hecho, todo presidente en ejercicio aspira a imprimir una marca personal a su mandato» (p. 56). Puesto unipersonal que, con frecuencia, se enfrenta al gran gestor administrativo, al secretario general, responsable ante el Consejo de Ministros de la ejecución de las decisiones que le son confiadas; y que, aparte esta función central, también desempeña otras muy importantes de coordinación y de impulso de las actividades de la Organización. Jouve reproduce, en este punto, la opinión de E. K. Kouassi: «La amplitud y la naturaleza de las tareas confiadas al secretario general, unidas a las circunstancias en las cuales debe ejecutarlas, son de tal naturaleza que le aseguran si no una función política, al menos una indiscutible influencia diplomática, sea cual sea la cualificación que los textos hayan querido otorgarle» (p. 71).

Tras esta visión, no estrictamente estática, a la que se unen otras consideraciones sobre órganos subsidiarios y las finanzas de la Organización, Edmond Jouve pasa a un examen dinámico en el que se contemplan dos aspectos básicos de la OUA: Los conflictos africanos y la cooperación en el Continente. En el primer aspecto, el autor no se limita a investigar las causas de la conflictividad y sus efectos más dramáticos (fundamentalmente, el problema de los refugiados y el éxodo masivo de poblaciones), sino que también procede a una clasificación de aquéllos en conflictos menores y en grandes conflictos; en este apartado último, retiene tres especialmente: Africa Austral, Sahara Occidental y Tchad; en el tema del Sahara llama la atención del lector español la ausencia de toda referencia bibliográfica en castellano.

La obra concluye con un ensayo, del mayor interés, sobre la OUA y su entorno internacional: Las demás organizaciones africanas, el mundo árabe, el Movimiento de los No Alineados y, finalmente, la Organización de las Naciones Unidas (pp. 237-258); páginas que reflejan fielmente las tendencias centrífugas y las tentaciones disgregadoras que, hoy por hoy, constituyen el más grave atentado contra el viejo sueño, cada vez más apremiante de realización, conducente a la unidad, a la utopía panafricana. Pero, como escribe Edem Kodjo, antiguo secretario general de la OUA, en el prólogo: «La OUA, pese a sus imperfecciones, siempre apasiona. Que esta pasión pueda servir de motor a los africanos para la realización del ideal panafricano: Edificar un Africa fuerte, unida, solidaria» (p. 16).

ROBERTO MESA

MARCEL MERLE: *La politique étrangère*, París, PUF, 1984, 218 pp.

El profesor Marcel Merle, auténtico renovador del pensamiento francés sobre el estudio de las relaciones internacionales, no necesita de presentación alguna para cualquier lector especializado; por otra parte, su obra, bien difundida entre nosotros, ya ha sido objeto de más de una consideración y cuenta con no pocos seguidores entre los académicos castellanoparlantes. El profesor de la Universidad de París I, director de su Departamento de Ciencia Política, ha publicado recientemente un breve pero enjundioso estudio (*Revue Française de Science Politique*, 34/6, diciembre 1984, páginas 1181-1197), en el que reafirma su voluntad intelectual de proseguir su tarea frente a un espectro inconfesado que está presente en las obras de todos los especialistas franceses en relaciones internacionales. El título del artículo en cuestión no puede ser más revelador: «Le dernier message de Raymond Aron: système interétatique ou société

RECENSIONES

internationale?» Merle articula un monólogo entre la obra del autor de *Paix et guerre entre les nations* y la suya propia; sin ninguna pretensión vindicativa, ni mucho menos reivindicativa, pero que arroja luz suficiente sobre el derrotero actual de las relaciones internacionales y la calidad intelectual y humana del citado profesor Marcel Merle. Que, lógicamente, se niega a la aceptación del reduccionismo aroniano, empujando de las relaciones internacionales al encerrarlas herméticamente en el universo real, pero incompleto, del exclusivo hegemonismo estatal.

El artículo mencionado en el párrafo anterior es póstumo muy apropiado para emprender la lectura de la última monografía de Marcel Merle: *La politique étrangère*. Tarea de necesidad urgente, ya que, hasta la fecha y salvo contadas excepciones anglosajonas, los estudios realizados sobre la materia eran obras concretas sobre la acción diplomática de países determinados. No se trata, ahora, como se encarga de advertir el propio Merle, con la agudeza que le caracteriza, en las páginas introductorias, de llevar a cabo «una revolución copernicana, sino simplemente proponer una lectura de la *politique étrangère* que tenga en cuenta el contexto en el que se desarrolla y las condiciones reales que presiden su elaboración y su ejecución» (p. 9). En palabras más ambiciosas se podría definir esta obra como el diseño de una teoría sobre la práctica actual de la nueva diplomacia.

Tras una presentación, en la que se combina lo histórico con lo innovador, la tradición con la modernización irreversible, se abordan dos cuestiones fundamentales: La elaboración y la ejecución de la política exterior. Con respecto a la primera, se subraya el creciente poder del ejecutivo en esta materia; la escasa operatividad del control parlamentario sobre la acción externa del Gobierno. Así como la opinión pública sólo se interesa por las cuestiones internacionales en situaciones críticas o especialmente conflictivas, los parlamentarios, en ocasiones por falta de preparación y con frecuencia abstraídos por problemas internos más perentorios, tampoco se sienten especialmente atraídos por la política exterior (p. 58). Sin olvidar que ninguno de los grandes poderes, legislativo y ejecutivo, están indemnes ante cualquier otro tipo de influencia ejercida desde otras parcelas de la vida política, social, económica, cultural, etcétera. La ejecución de la política exterior pone al descubierto uno de sus problemas más candentes en todos los países, al margen de su sistema político: La función diplomática, tal y como hoy se conserva, ¿es no sólo suficiente, sino también adecuada a la complejidad de la sociedad internacional de finales del siglo xx? A nadie sorprenden ya las tensiones entre los diversos departamentos ministeriales, los conflictos jerárquicos, la actividad de los expertos, la función de los asesores, el recurso a personas no pertenecientes a «la carrera», la fragilidad de las relaciones entre el Gobierno y el partido político del que es su emanación, etc. Todo un complejo problemático que no sería correcto caricaturizar, ni tampoco extrapolarlo hasta límites paródicos. Pero que, en su totalidad, constituyen una jungla en la que se ha perdido más de un avisador explorador. En este punto, y no como salida de emergencia, quizá la salida más correcta fuese el eclecticismo salvador y menos comprometido. (Recuérdese, al respecto, lo que supuso en Francia, en 1945, la creación de la ENA y sus efectos sobre la diplomacia francesa.) En el fondo, no se trata de un problema vacuamente jerárquico; es algo muy simple o, posiblemente, bastante más complicado: Hallar la fórmula que combine los criterios de especialidad con los de coordinación.

La reflexión teórica llega en la última y cuarta parte del libro: El viejo y probablemente no superado dilema entre política interna y política exterior, la cansada polémica de la primacía de la una sobre la otra. Marcel Merle no aprecia esta censura, que, además, le parece artificiosa: Ambas políticas están íntimamente unidas y son interdependientes la una con respecto a la otra. No es una cuestión de hegemonía, es

RECENSIONES

un problema de equilibrio. En todo caso, se trata de un curso ininterrumpido; *parafraseando* la cita desgastada por el uso, podría afirmarse que la política exterior es la continuación de la política interna por otros medios y con otras fórmulas. Las disonancias aparecen cuando, desde el poder, se las intenta separar, incluso, ideológicamente.

Las últimas páginas de la obra reseñada se dedican al emplazamiento de la política exterior en el marco global de las relaciones internacionales. La expresividad de las *líneas finales hacen inexcusable* su reproducción literal: «... l'Etat reste un mal nécessaire. Aussi longtemps qu'il subsistera, la politique étrangère demeurera l'un de ses attributs essentiels. Mais celle-ci ne pourra remplir correctement son office que si les gouvernements et l'opinion publique prennent conscience aussi bien de ses nouvelles dimensions que de ses limites» (p. 206).

Una obra, *La politique étrangère*, que a sus méritos científicos de carácter intrínseco *añade la oportunidad de una lectura española de gran utilidad y oportunidad*, si realmente se piensa acometer el proceso de modernización al que inevitablemente estamos abocados.

ROBERTO MESA

J. CALVAR, E. J. GUERITZ, S. DEL CAMPO Y H. DAVIS: *La descolonización de Gibraltar*, Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales (s. f.), 110 pp.

En fecha reciente –aunque no figura en el libro el año de edición– se ha publicado esta obra, que recoge las ponencias y coloquio expuestos en el seminario celebrado en Segovia en diciembre de 1979, y cuya temática sigue teniendo interés y actualidad, sobre la cuestión de Gibraltar. El INCI, con este seminario, ha intentado contribuir a la clarificación de este contencioso histórico; por primera vez se han reunido a intercambiar puntos de vista, fuera de toda representación oficial, miembros de la comunidad gibraltareña y del Campo de Gibraltar. La finalidad y carácter de este seminario, así como un planteamiento general de la cuestión, son expuestos en un breve prólogo al libro por el profesor Antonio Marquina Barrio.

La ponencia del capitán de corbeta J. Calvar Gross pone de relieve la importancia estratégica del Estrecho, señalando que la labor a realizar por España estriba en ejercer un control efectivo del Estrecho, potenciando militarmente esta zona y reduciendo la influencia británica, con lo que su interés por Gibraltar disminuiría. Sobre esta base la descolonización sería más fácil y posible. El ponente no sólo hace el análisis de Gibraltar y su contribución a la estrategia de la OTAN, sino también de otra de las piezas maestras en la estrategia del Estrecho: la base aeronaval de Rota. La conclusión del ponente es clara: a España corresponde potenciar militarmente esta zona y no es posible una hipotética entrada de España en la OTAN sin el arreglo de la servidumbre estratégica del Estrecho.

En su respuesta a la ponencia anterior, el contraalmirante E. J. Gueritz matiza algunas apreciaciones tanto acerca de las amenazas y tensiones como acerca de la base. Para el contraalmirante Gueritz, Gran Bretaña no está movida por cuestiones de prestigio para mantener la Roca, ni su posesión está dictada por intereses de defensa nacional, ni Gibraltar es un activo que entre en las discusiones y arreglos con los aliados de la OTAN. Señala la importancia de la Roca para la seguridad colectiva de Occidente y la necesidad de que permanezca en el mismo esquema de seguridad al que actualmente pertenece.

RECENSIONES

La distinta postura se patentiza igualmente en la segunda ponencia: la descolonización de Gibraltar. El ponente, Salustiano del Campo, insiste en las continuadas resoluciones de Naciones Unidas. Por parte británica se afirma que no se presta una seria atención a Naciones Unidas y se manifiesta que difícilmente se puede subordinar el principio de autodeterminación a otra consideración.

Las distintas posturas, española y británica, quedaron suavizadas en los coloquios que siguieron a las ponencias –y recogidos igualmente en el libro por el profesor Marquina–, al tiempo que se hicieron propuestas para encontrar una solución al problema de Gibraltar, incluyendo un comunicado final del seminario.

JULIA MORENO GARCIA

ALVA MYRDAL: *El juego del desarme*. Madrid, Editorial Debate, 1984, 427 pp.

El libro de esta longeva autora sueca, Premio Nobel de la Paz en 1982, representa una interesante aportación a la bibliografía española –aún desgraciadamente escasa– en la materia. Todos los esfuerzos para incrementar semejante acervo, con independencia desde luego del peculiar prisma de cada línea editorial, no pueden ser sino bienvenidos.

La presente obra constituye un amplio repaso a la política de desarme desde la época de la guerra fría a nuestros días. Su denso contenido y claridad expositiva reflejan en buena medida las directas experiencias vividas por su autora en su calidad de miembro de la representación diplomática sueca en la India, primero, y en los más cualificados foros multilaterales de desarme contemporáneos, después.

Sus páginas pasan revista a la generalidad de los problemas de desarme que aquejan a la sociedad internacional actual. Merecen resaltarse en este aspecto las siguientes cuestiones: la problemática referente a la continuidad de las pruebas nucleares; los riesgos inherentes a la proliferación nuclear; el deterioro del entorno ambiental derivado de la utilización más o menos encubierta de armas químicas, y la congénita inseguridad padecida por Europa a consecuencia de la colisión de intereses de las superpotencias sobre la misma.

La imposibilidad de proscripción generalizada de las pruebas con armas nucleares y el fracaso de las perspectivas –en cuanto paso previo para la obtención de dicha finalidad–, que permitió albergar el Tratado de Moscú de 1963, de prohibición parcial de pruebas, constituyen –a su juicio– la raíz tanto de la proliferación nuclear como de la endémica carrera de armamentos contemporánea.

Así, la perpetuación del régimen de explosiones nucleares subterráneas tanto por las potencias nucleares –Estados Unidos, URSS y Reino Unido–, que ratificaron originalmente dicho Acuerdo, como por parte de Francia, República Popular China e India, y la carencia de instrumento legal que establezca su completa prohibición, son los factores que permiten el ansia de proliferación de determinados estados.

Su reticencia a la firma o ratificación del Tratado de No Proliferación Nuclear –cuestión que recientemente ha saltado además a las páginas de nuestros periódicos– la concibe, pues, como expresión de su particular identificación del arma nuclear con el elemento estratégico-material susceptible de equipararlos políticamente a las superpotencias.

Sus críticas al régimen discriminatorio establecido sobre el resto de la sociedad internacional por aquellas potencias nucleares (Estados Unidos, URSS y Reino Unido), partes *ab origine* en el Tratado de No Proliferación, las formula en cuanto cataloga dicho Acuerdo de instrumento legitimador de la hegemonía política, estratégica y

RECENSIONES

económica de los grandes frente a los demás Estados, cuya inseguridad se acentúa si se considera la falta de garantías que el veto –precisamente monopolizado por las actuales potencias nucleares– consagra en el seno del Consejo de Seguridad.

En este sentido, toda la obra rezuma impotencia ante el implacable bilateralismo al que el desarme se encuentra sometido e imputa a las superpotencias buena parte de la responsabilidad de su fracaso, sobre todo en la medida en que las mismas se sirven de formas bastardeadas de aquél –no otra cosa es para la autora sueca el control de armas, cuya mejor evidencia se refleja en el proceso SALT– para tratar de alzarse, a través de su primacía tecnológica y estratégica vertebrada en la carrera armamentística, con la supremacía político-estratégica global.

Asimismo atribuye importantes cuotas de responsabilidad en el fracaso del desarme al resto de la comunidad internacional, en cuanto sus diferentes Estados prosiguen día a día su particular escalada de armamentos en el campo de las armas convencionales, sin que por otra parte se decidan a soslayar decididamente el riesgo siempre latente del empleo del arma química –denominada «arma de los pobres», con premonición evidente a la vista del conflicto irano-iraquí–, cuya legitimación a título de represalia no dejan de postular además determinados sujetos internacionales.

Pese al indudable interés de su último capítulo –«Europa y el desarme: 1982»–, añadido ex profeso para su segunda edición en inglés, el libro acusa el paso del tiempo, pues no en vano su primera aparición editorial en dicho idioma data ya de 1976. No obstante, el magnífico prólogo de Rafael Grassa –«La necesaria utopía del desarme»– palió un tanto dicha carencia.

Sin embargo, difícilmente justificable es una omisión de especial relieve: la ausencia de referencia alguna al tratado de 1967, sobre los principios que deben de regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes. Por cierto, convenio ratificado por España mediante su adhesión en fecha 27 de noviembre de 1968. Por otra parte, sus abundantes referencias a los Tratados de la Antártida y Tlatelolco no contienen reflexión alguna acerca de la trascendencia de la guerra de las Malvinas para las futuras pautas de desmilitarización y desnuclearización en el ámbito regional marco de dichos acuerdos.

Destacar finalmente dos comentarios extraídos de la presente obra que nos atañen especialmente: uno, que España está integrada de facto, para bien o para mal, en la Alianza Atlántica a través de los acuerdos bilaterales con los Estados Unidos (p. 76); otro, que abandonar unilateralmente la OTAN no supone mayor seguridad en caso de conflicto (p. 93).

JOSÉ MANUEL RAMÍREZ SINEIRO

